



ALMERÍA-ORAN

PERIÓDICO

PUBLICADO POR UNA COMISION DE PERIODISTAS ALMERIENSES

Á BENEFICIO DE LAS VÍCTIMAS DE LOS DESASTRES DE SAIDA

BAJO LA DIRECCION DE

D. FRANCISCO LLOPIS Y D. J. ALCÁZAR

DIRECTORES DE LA ILUSTRACION DE ALMERIA Y DE EL ALBUM DE LA JUVENTUD

VOCALES DE LA COMISION	NÚMERO ÚNICO.	PUNTOS DE VENTA
Sres. Llopis, Director de <i>La Ilustración de Almería</i> . » Alcázar, Director del <i>Album de la Juventud</i> . » Ramos Oller, Director de <i>El Ferro-carril</i> . » Llopis (D. Antonio), Redactor de <i>El Progreso</i> . » Perez, Redactor de <i>La Ilustración de Almería</i> .		EN ALMERÍA. Admon. de este periódico, calle del Emir, núm. 11. EN MADRID. Casa editorial de los Sres. Góngora, Ancha de San Bernardo, 52, principal.

SUMARIO.

AUTÓGRAFOS.

S. E. el Duque de la Torre.—Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, de la Academia Española.—Excmo. Sr. D. Emilio Castelar, de la Academia Española.—Excmo. Sr. D. Práxedes Mateo Sagasta, Presidente del Consejo de Ministros.—Mr. Víctor Hugo.—Excmo. Sr. Marqués de Molins, de la Academia Española.—Excmo. Sr. D. Juan Valera, de la Academia Española.—Excmo. Sr. D. Manuel Ruiz Zorrilla.—Mr. Alejandro Dumas.—Excmo. Sr. D. Manuel Breton de los Herreros.—Excmo. Sr. don Francisco Pi y Margall.—Excmo. Sr. D. Manuel Alonso Martinez, Ministro de Gracia y Justicia.—Excelentísimo Sr. D. Salustiano Olózaga.—Excmo. Sr. D. Carlos Navarro y Rodrigo.—Excmo. Sr. D. Ramon de Campoamor.—Excmo. Sr. D. Pedro J. Pidal.—Excmo. Sr. D. Manuel Silvela.—Excmo. Señora doña Gertrudis Gomez de Avellaneda.—Excmo. Sr. D. Francisco Romero y Robledo.—Excmo. Sr. don Modesto Lafuente.—Excmo. Sr. D. Antonio Aparisi y Guijarro.—Excmo. Sr. D. Angel Fernandez de los Rios.—Excmo. Sr. D. Arsenio Martinez Campos, Ministro de la Guerra.—Excmo. Sr. D. Pedro Mata.—Excmo. Sr. D. Antonio Hurtado.—Excmo. Sr. D. Francisco Suñer y Capdevila.—Excmo. Sr. D. Ventura Ruiz de Aguilera.—Excmo. Sr. D. Pedro Monlau.—Excmo. Sr. D. Aureliano Guerra.

TEXTO.

¡Patria mía!, Antonio Gonzalez Garbin.—*La Fé Cristiana*, P. A. de Alarcon.—*Cuento*, Pi y Margall.—*La Emigracion*, Fernando Garrido.—*La Caridad*, Juan de Dios de la Rada y Delgado.—*Solucion del problema de ALMERÍA-ORÁN*, Alejo García Moreno.—*Carta de Madrid*, Carlos Frontaura.—*Ayer y Hoy*, Manuel Catalina.—*La Libertad*, Justo Pelayo Cuesta.—*Poesía*, J. Zorrilla.—*El Náufrago*, Víctor Balaguer.—*La Ciencia*, Pablo Correa y Zafrilla.—*La Patria*, A. Sanchez Perez.—*Poesía*, Manuel del Palacio.—*Idea de la Caridad*, Domingo Sanchez Yago.—*El vapor que se va y el vapor que vuelve*, J. Ortega Munilla.—*La Caridad*, Domingo Arjona Casado.—*La Oracion*, Fray Ceferino Gonzalez.—*El Desembarque*, Juan M. de Capua.—*Un duelo en Visayas*, Francisco Cañamaque.—*En los campos de Saida*, Miguel R. Aguado.—*Un Recuerdo*, Torcuato Tárrago y Mateos.—*Ayer y Hoy*, Narciso Diaz de Escobar.—*La Hipocresía*, Vicente Colorado.—*La Proteccion*, Segismundo Moret.—*Luz y Sombra*, Plácido Langle.—*A Francia*, A. Martinez Duimovich.—*A nuestros colaboradores*, los Directores, Francisco Llopis, J. Alcázar.

IPATRIA MIA!....

¡Almería! ¡Quién te viera,
Y en tus calles paseara,
Y á Santo Domingo fuera
A oír la misa del alba!....
(Trova popular almeriense.)

En un meson de los que sirven de parada á las mensajerías, en el camino áspero y sinuoso que conduce desde la bella Almería á la morisca capital del reino granadino, se hallaban en una plácida noche de estío, reunidos en corro unos cuantos gallardos mozos acompañados de otras tantas hembras de arrogante gentileza, entonando coplas y cantares *al estilo de la tierra*, que acompañaba con sonora guitarra uno de aquellos mancebos, de ojos negros y rasgados, de tez morena, de rostro benévolo y agraciado y de general aspecto simpático. — Pero, Indalecio, ¿tú no cantas? dijo una de aquellas zagalas en tono insinuante é imperativo. — Allá va por mi pueblecito bueno, contestó el interpelado, que no era otro sino el chaval que manejaba el instrumento. Y con una voz conmovedora, dulce y penetrante, que dejó por un momento á la reunión embargada y extática, entonó la endecha con que encabezamos este artículo.

¿Quién es ese mocito? preguntaba á uno de la concurrencia cierto curioso que acababa de aproximarse al corro, atraído por las armoniosas notas que lanzaba á los cuatro vientos el instrumentista de la fiesta. — Es Indalecio el de Almería, valiente criatura que da bendición el oírle, porque el muchacho trina como un jilguero. — Y en verdad que con tal sentimiento y *aquel* ha entonado, observó el recién llegado, la coplilla de su tierra, como si hubiera recordado á la prenda que le tuviera robados por entero los pedazos de su alma.

El que escribe estas líneas y otro esclarecido amigo suyo, ámbos hijos también, como el buen Indalecio, de la hermosa ciudad cuya playa acarician las olas del alegre Mediterráneo, nos hallábamos pernoctando en aquel parador incómodo, aguardando que transcurrieren algunas horas para proseguir nuestra ruta hacia la ciudad natal, adonde á mi ilustre amigo le llevaba el noble anhelo de abrazar á su anciana venerable madre, y al autor de este breve artículo el cumplimiento de un deber para con la madre Patria española, que en aquella sazón se encontraba ¡desdichada! como bajel zozobrando en noche de pavorosa borrasca, azotada, por todos sus costados, de furiosos vientos contrarios.

Al oír el expresivo cantar de nuestro bizarro compatriota, interrumpimos la conversacion que acerca de los asuntos públicos distraía nuestro ánimo por el momento, y nos acercamos al sitio donde se entonaban los aires de nuestra tierra, á punto de que el mismo

cantor, con voz aún más excitada y conmovida por el aplauso del auditorio, dedicaba esta otra segunda trova al recuerdo del país amado:

Almería, patria mia,
Motivito de mis penas,
¡Cuándo volveré á pisar
De tus playas las arenas!

Y en verdad (no sé si esto será prerogativa ó debilidad, como ustedes quieran, de los que hemos nacido en aquel suelo amoroso) el dulce nombre de «Almería,» el grato nombre del pueblo nativo encuentra en el corazón de todo almeriense una resonancia inexplicable.

Esta consideracion hicimos mi sabio compatriota y yo, despues de oír las estrofas del gallardo Indalecio, y los comentarios que despues de aplaudirlas hacían los curiosos que se habían ido aproximando para disfrutar del alegre concierto. ¿No recuerdas tú, decía yo á mi compañero y caro amigo, cómo los historiadores musulmanes, determinan esta tierna melancólica nostalgia como rasgo característico de nuestros compatriotas? En efecto, quien haya leído esos estudios interesantes que cierto orientalista holandés de tan alta como merecida fama publicó no há muchos años bajo el título de *Investigaciones sobre la historia de España en los siglos medios*, habrá encontrado entre los varios escritos de historiadores arábigos allí citados, uno especialmente relativo á esta acentuada pasión de los almerienses por su patria. Cuéntase en él que en cierta ocasion un musulman, hijo de Almería, bogaba con ligera barquilla por las aguas tranquilas del pintoresco caudaloso río, delicias de la sin par Sevilla, de la ciudad encantadora que era á la sazón centro envidiable del deleite, del amor y de la poesía. Remaba triste y taciturno el marinero almeriense, fijos los ojos en la mansa corriente, hasta que saliendo de su ensimismamiento, y despues de exhalar hondo suspiro al compás de sus remos, que iban dejando tras sí pintoresca estela de rizada espuma, dió al aire la siguiente endecha:

No me habéis de este río,
Ni tampoco de sus barcas;
Ni de Schantabus ver quiero
Sus jardines ni sus galas:
Que vale más que el Eden
Aquella ruda albahaca
Que nace en los matorrales
De mi inolvidable patria.

Una bella musulmana que desde la ribera había escuchado la cancion del melancólico batelero almeriense preguntóle, movida de curiosidad, por el nombre de su país. Mas, despues de la respuesta, la satírica hija del Bétis viendo que el jóven almeriense prefería las peladas áridas rocas de su patria á los celestiales encantos del hermoso río ensalzado por los poetas, prorumpió en estrepitosa carcajada, burlándose de la humilde tierra que tenía *la boca salada y pelado el oc-*

cipucio, aludiendo á la *salada mar* de nuestra playa y á la *esterilidad* que ofrecen los cerros áridos que circuyen nuestra ciudad moruna.

Pero ¡ah! aquel mar y aquellas montañas estarán eternamente llenas de poesía para los que allí, bajo aquel cielo diáfano y esplendente, hemos pasado los mejores días de la vida, contemplando las orientales palmeras que se alzan gallardas en el cálido suelo, ó bien desde la cumbre del viejo San Telmo, ó desde las derruidas almenas de los moriscos torreones, los poéticos ocasos del astro del día cuando surge su disco enrojecido en las aguas del mar, envuelto entre las brumas que ocultan á lo léjos las temibles costas africanas!...

Han transcurrido ocho años desde la noche en que, oyendo el tierno cantar de un compatriota, me entregaba, en compañía de un docto amigo, á este género de consideraciones. Hoy llegan á mí los tristes gemidos de mis queridos compatriotas, víctimas de la ferocidad de los argelinos, y me entrego aún más á los mismos pensamientos. Porque si en extraño país, bello y hospitalario, no encuentran los almerienses medio de olvidar su país adorable..., en tierra extranjera, agobiados por el trabajo duro y fatigoso, sufriendo la influencia de mortífero clima, expuestos á las injurias de hordas feroces... ¡oh, tristes hijos de mi Patria, los que buscáis en los desiertos africanos un pedazo de pan amasado con tan amargas lágrimas..., ¡qué dolor se podrá comparar á vuestro dolor!

A. Gonzalez Garbin.

Granada, 1881.

CUENTO.

En cierto lugar de la provincia de Guipúzcoa, sito á la izquierda del camino de Francia, acertaron á reunirse dos hombres que habían ido á buscar en la tranquilidad del campo y la contemplacion de la naturaleza reposo y vigor para sus quebrantados cuerpos y sus no ménos abatidas almas.

El sitio era á propósito para los deseos de entrambos. No contaba el lugar veinte casas, y ocupaba lo alto de un cerro, en cuya cima descollaba una más bien capilla que iglesia. Bajaban por las vertientes frondosos bosques de hayas y castaños, entre cuyo verde follaje se descubrían las blancas paredes de uno que otro caserío; y al pié se extendían, ya estrechas cañadas, ya no muy anchos valles, á que servían de límite majestuosas é imponentes sierras. Figuraban entre éstas, acá la de Aizcorri, cuyas desiguales cumbres parece como que recaman el azul del cielo; allá la sombría Peña de Aralar, que pa-

rece desgajada de los vecinos montes para sepulcro de algún héroe; más allá el Izaspi, especie de nido de buitres que baten las aguas del Atlántico.

No lejos del lugar, allá como á la mitad de la falda del cerro, por la parte que miraba al camino, hacíase en la cuesta un descanso que por lo delicioso convidaba á pasar las ardorosas tardes del estío. No tendría de superficie cien metros; pero estaba todo cubierto de mullida yerba, salpicada de flores silvestres. Dábanle sombra los más corpulentos y alegres castaños de toda la comarca; fresca y vida, una fuente cuyas cristalinas aguas le cruzaban del uno al otro cabo como una cinta de brillante plata. Era el descanso cuadrilongo, y tenía en uno de sus extremos la fuente, en el otro una choza, lo más del tiempo cerrada, tosca y pobre como el que la había escogido por vivienda.

Aquí fué donde por primera vez se vieron y se hablaron los hombres de mi historia. Eran ya los dos entrados en años, de grande experiencia, de no vulgares conocimientos; áun entonces no poco aficionados al estudio ni ménos afanosos por conocer los adelantos de las ciencias; de buen génio, de mejor corazón y de gran nobleza de alma. No bien empezaron á comunicarse, se sintieron mutuamente atraídos por la simpatía, á pesar de lo desigual y áun opuesto de su carácter, pues tenía el uno tanto de impaciente y vivo como el otro de reposado y grave. Padecían los dos, además de sus respectivos achaques, la enfermedad del tiempo, la de la duda, que enturbia los más elevados espíritus y las más rectas conciencias, no diferenciándose sino en que éste la sobrellevaba resignadamente, por considerarla poco ménos que incurable, y aquél, no pudiendo sufrir los tormentos que le producía, se empeñaba en matarla por una fé que no sentía y unas creencias que había vigorosamente combatido en sus mejores años. Contribuyó este común sufrimiento á que se unieran más y más y se buscaran cada día más ávidos de oírse; así que era rara la tarde donde, ó en el descanso de que acabo de hablar ó camino de los vecinos cerros, no se empeñasen en vivas y luminosas discusiones, á que solía dar fin la noche.

Terciaba á veces en estas contiendas el cura del lugar, que algunos días los acompañaba, y otras el misero habitante de la mentada choza, que se desvivía por cultivar su huerto los días en que no encontraba donde alquilar sus brazos. No sabían ni el labrador ni el sacerdote lo que nuestros dos hombres, ni contaban siquiera tantos años de vida; pero eran ámbos de claro juicio, y ámbos habían aprendido algo de lo que se discutía, aquél en sus propias vicisitudes y en el gran libro de la naturaleza,

éste en las secretas confesiones de sus penitentes y en los Evangelios.

Había sido el labrador, como vulgarmente se dice, el rigor de las desdichas: obligado por odio de una madrastra á dejar sus pátrios hogares, había consumido su juventud en el ejército; y al salir del servicio había encontrado disuelta su familia, en poder de extraños la casa solariega y disipados los bienes de sus mayores hasta el punto de no quedarle tierra en que reclinar la cabeza. Con los ahorros que llevaba había comprado aquella humilísima choza; y allí vivía solo, entregado, cuando podía, á sus pensamientos, enlazando con tristes realidades tristes recuerdos, y por la comparacion de lo que había visto con lo que veía, labrándose en el fondo de su alma una como filosofía que le consolaba de sus desventuras y le conformaba con su negra suerte.

El cura, por el contrario, apenas conocía el sufrimiento: había vivido y continuaba viviendo á la sombra de sus padres; y, exento de pasiones y de cuidados, no hallaba cosa que le inquietase ni le moviese el entendimiento, como no fuesen indiscretas preguntas de sus feligreses sobre Dios y el mundo, ó problemas oscuros que de vez en cuando le proponían en el confesionario, ya la refinada maldad, ya la candorosa inocencia. Esas mismas inquietudes eran para él pasajeras, porque, firme en sus doctrinas, rara vez dejaba de hallar en las palabras de Cristo ó en las de los profetas algo con que decidir las más árdidas cuestiones.

Tenía el cura siempre á mano textos de este género para cortar los acalorados debates de los dos ancianos; y los creía tan concluyentes, que en los primeros días no admitía réplica. La fué despues admitiendo, y al fin... ¡ay! dudando. No así el labrador, que, sin proponerse resolver jamás cuestion alguna, solía resolverlas por una observacion profunda, que hacía en frases concisas y enérgicas. Era de ánimo en que no cabía la duda: ó afirmaba ó negaba, ó descartaba la cuestion por irresoluble.

Estos coloquios fueron el vivo reflejo de las luchas de nuestros tiempos.

Quizá en este cuadro eche á alguien de ménos una figura, á su parecer indispensable.

«Cuando estábamos engolfados en las difíciles cuestiones morales y religiosas, me decía el interlocutor á quien debo estos coloquios, allá por el mes de Setiembre, vino al lugar, aquejada por largos padecimientos y presintiendo su no lejana muerte, una mujer ya de cuarenta años, tan hermosa como afable y discreta, que gozaba en acompañarnos, y aunque ajena á nuestros estudios nos sorprendía no pocas veces por las observaciones que le sugería la delicadeza de sus sentimientos y su poética y ardiente

fantasía. No sabe V. cuánto contribuyó á dar amenidad y templanza á nuestras últimas controversias. Bien que enferma, el tiempo que la dejaban libre sus dolores, tenía esa jovialidad que dan la fuerza y la serenidad de la conciencia; y frecuentemente calmaba la exaltacion de nuestros ánimos ó ponía fin á nuestras discusiones por un gracioso y agudo pensamiento. ¡Pobre Amalia! Reía y jugaba como una niña al borde mismo de su tumba.»

El cuadro era completo.

F. Pi y Margall.

LA FÉ CRISTIANA.

La dignidad humana, ya se considere en el individuo, ya en la sociedad, sólo puede alcanzarse por medio del Evangelio.

El espectáculo que presentan los mahometanos, es la prueba más evidente que pudiera alegarse de las excelencias de nuestra religion y de los grandes bienes que ha reportado á la humanidad.

Por ignorar sus doctrinas, vive el moro bajo la tiranía de la fuerza, entregado al capricho de poderes arbitrarios, sin nocion de sus derechos, en el solitario abandono de un individualismo salvaje.

¡Qué ignominia, qué pena y qué abatimiento en esa raza desheredada! ¡Qué savia generosa, qué brillante destino, qué bello porvenir, qué gloriosa predestinacion en los que sienten fortificarse en su corazón la fé en Cristo!

P. A. de Alarcon.

LA CARIDAD.

- ¡Siempre sufriendo!
- ¿Por qué?
- ¿Eres feliz?
- Sí, lo soy.
- ¿Estás contenta?
- Lo estoy.
- ¿Quién te sostiene?
- La fé.
- Pasas las noches...
- Velando.
- Pasas los días...
- Sufriendo.
- ¿Y así gozas?
- Padeciendo.
- ¿Y así vives?
- Siempre amando.
- A mi solo.
- Intentos vanos.
- ¿Y quieres?
- De varios modos.
- ¿Y amas á todos?
- A todos.
- ¡Infel!
- Si son mis hermanos.
- Su ingratitud...
- No me abisma.
- ¿No esperas que te amen?
- No.
- ¿Quién te da consuelo?
- Yo.
- ¿Y recompensa?
- Yo misma.

- ¿Quién te dió sér?
—La piedad.
—¿Quién te dió voz?
—El consuelo.
—¿Y cuál es tu patria?
—El cielo.
—¿Quién eres?
—LA CARIDAD.

J. de Dios de la Rada y Delgado.

LA SOLUCION DEL PROBLEMA.

DE

ALMERÍA-ORAN.

I.

Todo español, de sentimientos nobles y generosos, no puede ménos de lamentar lo que en nuestra patria sucede. Mientras una parte de su riquísimo suelo permanece inculto, sin canales sus más feraces campiñas y sin vías de comunicacion sus provincias más pobladas, millares de sus robustos y honrados braceros se ven obligados á dejar este clima sano y delicioso, para ir en busca de un pedazo de pan negro con que alimentar á sus hijos, á los países inhospitalarios de Africa, donde los que no mueren á manos de los salvajes habitantes del desierto, ó abrasados por las calenturas perniciosas, sirven de instrumento á algun explotador codicioso, que utiliza el vigoroso esfuerzo de los mejores años de estos infelices, para aumentar extraordinariamente sus tesoros. Así contribuimos los españoles á la prosperidad y engrandecimiento de una colonia francesa, al paso que, no solamente nuestras fértiles posesiones ultramarinas, sino tambien muchos ramos de riqueza de la Península se encuentran en el más punible abandono.

¿Y no habrá remedio para tamaños males?

II.

Le hay indudablemente, y no es difícil señalarlo.

Si los legisladores y los gobiernos españoles, en vez de favorecer, por regla general, la holganza, la usura, y las vejaciones de todo género, las reprimieran, más ó ménos directamente, pero con decision y mano fuerte, desaparecería tan grave estado de cosas.

Mas, ¿cuándo sucederá esto?

III.

Tan luego como los pueblos, comprendiendo sus verdaderos intereses, en vez de seguir á los que con oro ó con promesas intentan corromperles comprándoles sus votos ó dejarse engañar por el primer charlatan de profesion que sienta plaza de aventurero político para vivir holgadamente á expensas del trabajo de sus semejantes, rechacen con indignacion á estos merca-

deres ó ambiciosos, examinen detenidamente los antecedentes y cualidades personales de los hombres que hayan de representarlos, y sólo otorguen su confianza á los que les conste que son dignos de ella.

Alejo García Moreno.

Madrid, 1.º de Setiembre de 1881.

CARTA DE MADRID.

Sres. D. Francisco Llopis y D. José Alcázar.

Mis distinguidos amigos.

Tuvieron Vds. la bondad de honrarme pidiéndome algun trabajo literario para su libro ALMERÍA-ORAN, expresion nobilísima de los generosos sentimientos que animan á Vds., destinado á perpetuar el recuerdo de uno de los mayores infortunios que han afligido á esa provincia, y á socorrer con el producto de su venta á los desgraciados almerienses, víctimas de la ferocidad del bárbaro morabito. Contesté á Vds. agradeciendo la honra que me dispensaban y prometiendo corresponder á sus deseos, y pasan los dias y no envío mi trabajo literario... Perdónenme Vds., no le he enviado, ni le envío, porque en dos meses no he podido hacer cosa que me satisfaga, que me parezca digna de ese libro, y sería para mí una gran pena que en un libro publicado en Almería, fuese precisamente mi trabajo el peor de todos, mejor dicho, el único malo que hubiera en sus páginas.

Yo he sido, amigos míos, Gobernador civil de esa provincia en mejores tiempos que los actuales, — porque para un empleado no hay peores tiempos que los en que está cesante, — quiero mucho á los almerienses, entre los que cuento buenísimos amigos, conservo gratísimo recuerdo de ese pueblo tan poco afortunado, pero tan honrado, tan alegre, tan bueno y tan digno, y para ese pueblo, no he de escribir una composicion anodina ó un artículo pesado y machacon, ó un mal soneto, ó un trabajoso romance sin gracia, si pretendía hacerlo festivo, ó sin color, olor ni sabor, si prefería hacerle histórico, popular ó amatorio y pastoril.

Muchos dias me he propuesto cumplir el encargo de Vds., pero en vano; nada que merezca ir á Almería y leerse en Almería he podido hacer. Y despues de algunas horas de tener la pluma en la mano y el papel sobre la mesa, dejábalo para otro dia, y me iba á distraer con la lectura de los periódicos, sumamente amena en tiempos de elecciones, sobre todo de elecciones como las que acaban de hacerse en España.

Decía el insigne D. Ventura de la Vega una vez que le preguntaban por qué no había terminado una

zarzuela que Salas esperaba con impaciencia: «Hay años que no está uno para hacer nada.» Pues lo mismo digo ahora plagiando al laureado dramático; este año no estoy para hacer nada, sobre todo para hacer algo que sea digno de Almería.

Y renuncio á hacerlo, y dígolo francamente, seguro de que Almería estimará mejor esta confesion sincera que una quisicosa en verso ó prosa con la firma de quien tuvo la señalada honra de ser Gobernador de Almería, y la para mí más preciada de ser favorecido con la amistad y la consideracion de los almerienses.

Nunca los olvido. Conserva mi memoria la topografía exacta de la alegre y simpática ciudad, con su hermoso paseo del Príncipe, con su malecon alto y bajo, con su ancho puerto — ¿cuándo se terminará? — con sus nuevas construcciones, con su severa catedral, con sus modestas iglesias de Santiago y Santo Domingo, siempre concurridas de fieles, porque en Almería hay verdadero espíritu religioso, sin hipocresía. Paréceme estar viendo la posada fronteriza al Gobierno civil, y al lado de la posada la tienda del benemérito cirujano, no sé si menor ó mayor, y habilísimo barbero. Paréceme hallarme en el balcon mirador de mi despacho, es decir, del despacho del Gobernador, y me figuro que de la calle de las Tiendas sale y viene á hacerme un rato de agradabilísima compañía el señor D. Onofre Amat, de agudo ingenio y profundo talento y larga experiencia en el foro y en la administracion, y que en pos de D. Onofre vienen Federico Morcillo á saber si me ha escrito mi señor don Bernabé, su hermano, y Paco Iribarne, que anda en cuestiones concejiles y políticas con Juan Ona y Emilio Perez, viene tambien á inquirir si vino de Madrid resuelta su reclamacion á la Superioridad sobre la capacidad legal de algun que otro concejal, y D. Francisco Alférez, que llega todo apresurado á la sesion de la Comision provincial, donde va á tratarse asunto que interesa á Dalías. Paréceme ver entrar en el despacho al Secretario de la Diputacion D. Rafael Calatrava, á quien llamaba yo el alcaide de la Alcazaba, siempre serio y correcto, acompañado del alcalde de Tabernas que vino á ingresar el contingente de provinciales, y no quiere marcharse sin ver al Gobernador.

Como si ayer hubiera sido, recuerdo la última reunion que presidí de la Junta del Puerto, cuya secretaría se disputaba con gran empeño, y presentes tengo las inteligentes fisonomías del respetabilísimo D. Antonio Iribarne, de D. Fernando de Roda, del malogrado Jover, de Terriza, de Balmas, y de don Felipe de Vilches, tan querido en esa capital. Y no se crea que olvidé la Diputacion provincial y sus acalo-

Las tres recetas

1.^a Para tener salud. — Har ejercicio proporcio-
nado a tus fuerzas, pero diario, y al aire libre;
— nunca comas hasta la saciedad, ni bebas
hasta la embriaguez; — se limpio hasta la
pulcritud, pero no uses cosméticos, ni straits
hipocherías de tocador; — no contrayas, en fin,
hábitos viciosos, porque el hábito es un tirano.

2.^a Para ser rico. — Trabaja siempre, mientras
puedas, y en lo que quieras; — gasta siempre un
poco menos de lo que ganes; — paga siempre
al contado; — nunca prestes cantidad mayor de
la que, en su caso, puedas fuertemente condonar
o dar; — nunca respondas de la solvencia de otro,
ni tener disponible la cantidad por la cual
salgas fiador; — ni comprometas en especulaciones
lo que necesitas para vivir.

3.^a Para ser feliz. — Cumple con todos regu-
lar las obligaciones de tu estado; — sé compasivo
y benéfico; — cultiva las bellas-lettas, o las
bellas artes; — ama a Dios sobre todas las cosas,
y ama al prójimo como a ti mismo.

P. J. Montañés

La religión y la libertad son dos
compañeras de nuestra alma.

Amamos a la religión como a la
madre; y a la libertad como a la
esposa inseparable de nuestro ser.

¿Que valdría la piedad, si pudiera
ser hija de la opresión? ¿Lo que val-
dría la libertad, si solo fuera ma-
dre de la licencia.

Si, para hacerte piadoso, me haces
esclavo, me privas del mejor culto:
que es el sacrificio voluntario de la
libertad propia.

Si, para hacerte libre, me haces
impio, tú mismo me entregas a la
esclavitud mas vergonzosa, la de los
desempeñados apetitos.

El Monjes de Molins

En la villa de los puertos hay período de invasión mo-
ral. Ante los males los caracteres débiles venden su opor-
tunidad. — La coacción en una idea, constituye en embargo la
vida íntima de una nación la vida es el movimiento, para
moviéndose es preciso querer, para querer saber lo que se quiere.
— Antes el hijo estaba confinado en la clase que le ha-
bia alta y que no toma mas goce que el al alcance de su
talento; ahora la frotura amarilla del hijo ha contagiado
a todas aquellas almas creadas para disputar, no de los pla-
ceres groseros de los sentidos, sino de los sublimes de la in-
teligencia. — Los que se dicen educados por la necesidad
materiales, se igualan con los salvajes, que se dejan domi-
nar por el bruto de las lentitudines o de las cuerdas de
orden. — Los que se sacrifican todo a la manía de viva-
lizar con los opulentos, consiguen que los opulentos los ha-
gan iliter y los hombres sensatos los desprecien. — En otros
edades la alquimia perseguía la quimera de hacer oro,
hoy el ansia de gozar ha encontrado la manera de mantener
una vida, p. medio de los empleos o la pobreza, de la industria
o el agiotaje. — Los muchos los que convierten al país como
una espina de los en India, creado por el sistema p. ha-
cer el gozo de sus placeres. — Para p. tengamos vista de
ciencia hoy, y siempre exigiendo verdades en el hogar —
El hijo ha sido siempre la escuela preparatoria de la
ciencia. — Venecia hacia de su carnaval el arbitrio de
de la constitución del despotismo. — El veneciano para huir de
leyes es el ejercicio activo del pensamiento, pero para eso
la primera condición es la libertad, el pueblo mas libre
— también es siempre el mas moral.

Angel Hernandez
de los Rios

radas sesiones. Allí el consecuente constitucional D. Justo Tovar, siempre oportuno, discreto y conciliador; Enrique Oña, apasionado y violento, pero bueno y generoso; el demócrata Párraga, atildado y suave, pero vigoroso y enérgico en el ataque y la defensa; el simpático Amerigo García, lleno siempre de buen deseo, y laborioso siempre; D. Gonzalo Perez Albarracin, tan prudente y tan amigo del orden; D. Gabriel Sanchez Cid, tan minucioso, y entusiasta de Cánovas; D. Vicente Ballesta, que era el presidente, y murió luego, siendo Gobernador de la provincia, hombre de grandes cualidades, de valor y serenidad y de notorio prestigio en todo el partido de Huercal-Overa; y todos los diputados, en fin, que no cito por no hacer larga esta carta; todos deferentes conmigo y atentos siempre á mis indicaciones. No se habrá visto una Diputación y un Gobernador más acordes y en mejor armonía, por mas que en aquella corporación había dignos individuos de los partidos contrarios al gobernante á la sazón, y existían enemistades muy profundas entre algunos diputados provinciales, enemistades que procuré templar en lo posible.

¿Cómo olvidaré aquella preciosísima procesion de la Virgen del Mar? Procesion es esta á que concurre la población entera de Almería, recorriendo una larga carrera, porque todo el vecindario quiere ver á la excelsa patrona de los navegantes. Y entre aquellas treinta mil almas que acuden á la procesion, nunca el más leve exceso, ni el más ligero desorden. Almería es un pueblo cultísimo, y tanta es la confianza del Gobierno en la sensatez de aquel pueblo que siempre le tiene abandonado de guarnicion.

Esta carta se hace demasiado larga, y voy á terminarla. Perdónenme Vds., vuelvo á decir, que no les remita otro original para su libro que esta carta, expresion de mi afecto á Almería, á todos los almerienses, y especialmente á las dignas personas que he citado, y á otros muchos, como el periodista Gutierrez de Tovar, tan activo é inteligente, el respetable sacerdote Sr. Carpente, D. Manuel Sevilla Jurado, que tanto ha trabajado para realizar su deseo, que es el deseo de toda la provincia, de que se construya el ferro-carril; D. Ramon Matienzo Capilla, que se hizo constitucional en mi tiempo, pero no por culpa mia; García Roca, diputado provincial; D. Juan Lirola, alcalde ahora, segun creo; D. Enrique Lopez Rull, arquitecto provincial; el ingeniero Trias, y ya no cito más porque habría de llenar de nombres algunas cuartillas.

La provincia de Almería cuenta con grandes elementos de vida, pero es preciso que los Gobiernos la protejan con verdadero interés; es preciso que sus Senadores y Diputados imiten el buen ejemplo

de los de otras provincias que han procurado toda suerte de beneficios y ventajas á las que representan en las Cámaras. En esta situacion política bastante puede hacer mi amigo particular y adversario político D. Carlos Navarro y Rodrigo. Que él y los demás formen verdadero empeño en dar á Almería la prosperidad y la importancia que merece, es mi más sincero deseo. Yo seré el primero en aplaudirlo y celebrarlo.

¡Ojalá en lo sucesivo Almería no tenga que llorar desgracias tan grandes como las inundaciones de 1879 y los horrores de Orán.

Terminada esta carta, advierto que no he dicho nada del bello sexo de Almería. Es que del bello sexo de Almería puede decirse muy poco, pero, siendo poco, es lo mejor y lo más honroso lo que se puede decir. Las mujeres de Almería son hermosas de cuerpo y hermosas de alma. ¿Puede decirse más de ellas?... Quien haya asistido al paseo del Príncipe durante la octava del Corpus, habrá visto y admirado la hermosura, llena de gracia y donaire de las mujeres de Almería, y quien haya tenido la honra de frecuentar aquella sociedad íntimamente, habrá podido comprender que la hermosura y la virtud de las mujeres forman el encanto y la alegría de aquellos honrados hogares.

Gracias mil, amigos míos, por el afectuoso recuerdo con que Vds. me han honrado y favorecido más que merezco. De Vds. amigo devotísimo que les besa las manos.

Carlos Frontaura.

LA EMIGRACION.

Los franceses han conquistado la Argelia y los argelinos se sublevaron contra la dominacion francesa: nada hay ni más natural ni más legítimo. El que ellos sean bárbaros y los franceses civilizados, en nada mengua su derecho, por mas que los conquistadores nos inspiren más simpatías que los conquistados.

Bu-Amema es en Africa contra la dominacion extranjera, lo que fué Viriato en España contra la romana; lo que en nuestro siglo el Trapense y tantos otros contra la napoleónica.

Los españoles que huyendo de una patria madrastra van á buscar el sustento trabajando á un país recién conquistado y en el que la lucha latente ó patente existe, y no puede ménos de existir durante mucho tiempo, se exponen á las terribles catástrofes de que han sido víctimas en Saida y otros puntos de la Argelia, y ellos y todos los españoles sus conciudadanos, no debemos quejarnos ni de los moros ni de los franceses, sino de los gobiernos españoles, que en lugar de garanti-

zar las libertades y derechos de los ciudadanos, de fomentar la riqueza pública por todos los medios que están á su alcance, de propagar la instruccion y de difundir toda clase de conocimientos útiles y necesarios á la produccion de la riqueza, esquilman á los pueblos con toda clase de contribuciones y gabelas más odiosas unas que otras, para sostener con holgura toda clase de parásitos improductivos y regalar 50 millones de pesetas á una teocracia insaciable, única clase que prospera y aumenta rápidamente, gracias al patrocinio del Estado, mientras los trabajadores útiles tienen que emigrar á miles y á centenares de miles á países extranjeros en busca de un salario que en su patria no encuentran.

Procuremos aliviar hasta donde sea posible la desdicha de nuestros conciudadanos que vuelven afligidos al seno de la patria; pero procuremos acabar de una vez para siempre con los obstáculos tradicionales que se oponen á su regeneracion política y social, seguros de que será el único medio eficaz de impedir la reproduccion de catástrofes como la que hoy deploramos.

Fernando Garrido.

AYER Y HOY.

1535-1881.

1535.

Cubierta de blanca lona y al tope la enseña izada, que esmalta imperial corona, del puerto de Barcelona zarpa la imponente armada.

Cien veleros galeones y trescientas grandes naos en correctas divisiones, guardan crugiendo sus baos treinta mil fuertes peones.

Brillan picas, capacetes, arcabuces, alabardas, y grebas y coseletes, y resuenan los mosquetes y retumban las bombardas.

Flámulas y banderolas cubren la jarcia ondulante y las espumosas olas besan puente y batayolas al impulso del Levante.

Ganosos de fama y gloria, de almas nobles digno pasto, van ilustrando su historia, el gran almirante Doria y el bravo Marqués del Basto.

Muchos nobles infanzones, prez de la española tierra, con sus lanzas y pendones acrecientan las legiones de la sacrosanta guerra, y á la arena infiel avara de sangre esforzada y moza, van, honra de estirpe clara, Mondéjar, Mendoza, Lara y Liñan de Zaragoza.

Con ademan grave y fiero en la nave capitana el César, Carlos primero, marca el rumbo y derrotero hacia la costa africana.

En su aliento soberano,
que inflama el amor divino,
fustigar quiere su mano
al azote del cristiano,
al cruel pirata Aradino.

Las berberiscas galeras
con insolente fortuna,
la mar dominando fieras
la *cruz* postran altaneras
ante la audaz *media-luna*;
y el infeliz navegante
que marcha con rumbo incierto,
presa es del moro arrogante
y despojo el habitante
del desabrigado puerto.

Ya la costa se avecina
entre la bruma lejana
y, a través de la neblina,
la turba se arremolina
de la gente musulmana.

Con estrépito vocean
las apretadas falanges;
las gumias centellean,
y al aire relampaguean
los afilados alfanques.

Vano alarde! Al rudo empuje
del terrible castellano,
la chusma se rompe y cruje
y huyendo de pavor, ruge
ante el lábaro cristiano.

Vencida y despedazada
la hueste del Islámica;
su inmensa flota abordada,
por la puerta mal cerrada
de Túnez se precipita.

Aun allí, no halla seguro
á su derrota completa;
que en medio al ambiente puro
brilla la *cruz* sobre el muro
de la almenada *Goleta*.

Así del humano fuero
la honda herida se restaña.
Así en el social sendero
marchaba un día el primero,
el noble pueblo de España.

1881.

Hendiendo las turbias olas
que el mar de *Calpe* encadena,
sin pabellon en la entena,
van las naves españolas
hacia la costa agarena.
En la borda, el equipaje
busca en la neblina oscura
sobre el movable oleaje
la estéril playa salvaje
que el frágil leño procura.
Sobre el puente, cuidadoso
vela el capitán severo;
y el silencio y el reposo
no turba ni el armonioso
entonar del marinero.
Vuela la cortante quilla,
viento en popa y mar bonanza,
y apenas la aurora brilla
la inhospitalaria orilla
se apercebe en lontananza.
También en la hirviente arena
se oyen gritos estridentes;
también el espacio atruena
y en sus ámbitos resuena
confuso clamor de gentes;
mas no el habla de Mahoma,
á toda armonía extraña,
ronca á los labios asoma;
ayes, exhala el idioma
de la hermosísima España.

Pálidos y macilentos
miles de ancianos y mozos,
ó desnudos ó harapientos,
lanzan gritos y lamentos

y aterradores sollozos.
Con los rostros señalados
de hondo dolor por las huellas,
se ven niños desolados,
y mancebos mutilados,
y profanadas doncellas.
Esposas, que al dulce dueño
ya no abrazarán en calma;
madres, que en terrible empeño
quieren del eterno sueño
volver pedazos del alma.
Hacinados en montones
sobre la playa candente
yacen los que á las prisiones
del Sahara en las regiones
llevó la bárbara gente;
y al ver los semblantes yertos
de los miserables cautivos,
dudan los ojos inciertos
si están aún vivos los muertos
ó si están muertos los vivos.

¿Qué sufren? Cruces enojos
causan tan crudos pesares.
¿Por qué con el llanto rojos
tornan los cansados ojos
hacia los desiertos lares?

Espanoles son. Un día
tras la soñada fortuna
con infantil alegría,
por aquella tierra impía
trocaron la patria cuna.
A la sombra protectora
de caudal *Aguila Gaia*
buscaron oro, en mal hora.
El *Aguila* voladora
plegó fatigada el ala,
y en el rebaño inocente,
nunca ante el temor despierto,
en su descuido indolente,
clavaron el fiero diente
los chacales del desierto.
De Dios por tremendo arcano,
ó misterioso anatema,
sobre el misero cristiano
cayó el cuchillo inhumano
del sanguinario Abu-Amema.

Quizá alegres y gozosos
viendo su deuda cobrada
en sus lechos pavorosos
se estremecen silenciosos
los *Morisicos de Granada*.

¿Porqué torciendo el sendero
que le señala la historia
el inquieto pueblo Ibero
por extraño derrotero
busca una dicha ilusoria?
El que del Duero y el Tajo
y el Guadiana el agua bebe
no busque extranjero atajo,
la fortuna del trabajo
hallar en su patria debe.
La pobre madre angustiada
con voz doliente le grita,
misera y abandonada
por sus hijos desangrada,
de sus hijos necesita.
Así el esplendor pasado
en la historia sin segundo,
recobrará inmaculado;
así su nombre aclamado
volverá á llenar el mundo;
y si el día venidero
despiertan su noble instinto,
probar podrá al orbe entero
que aún ruge potente y fiero
el *Leon* de Carlos quinto.

Manuel Catalina.

Agosto 1881.

LA LIBERTAD.

Donde la libertad es reconocida
y respetada como condicion esen-
cial de la vida humana, las institu-
ciones que á su amparo se crean,
viven y se desenvuelven con toda
la expresion propia de la virtual
energía de la idea que entrañan, sin
que estorben á su viril desarrollo
individuales y pasajeros desvarios.
Por eso, hoy por hoy, no es acaso
más que un ideal. Un pueblo sola-
mente en la historia del mundo ha
tenido hasta ahora la envidiable y
envidiada dicha de tocar, en parte
á lo ménos, ese ideal. Nosotros
contemplamos con admiracion y
aun pretendemos imitar á ese pue-
blo, fascinados por la estabilidad y
solidez de sus instituciones; pero
nos contentamos con remedarle to-
mando de él solamente meras for-
mas vacías de todo contenido real,
porque no advertimos que aquella
grandeza, que nos deslumbra sin
comprenderla, estriba en una sola
cosa; en que allí la libertad no tiene
padres ni tutores: allí la libertad
es creadora, porque no es criatura.

J. Pelayo Cuesta.

Dios es Dios: y por ser tal,
Ni puede ser comprendido,
Ni puede ser definido
En lengua alguna mortal.
Dios es Dios: nadie le ve:
No cabe en humana idea
Quién sea, ni cómo sea,
Ni dónde ni cómo esté.
Mas ¿qué hombre puede negar
Al Dios que ha puesto en su pecho
Su fé y su templo, y ha hecho
De su corazón su altar?

José Zorrilla.



EL NAUFRAGO.

Cuando el cielo está encapotado y
sin un rayo de sol, como un cora-
zon cerrado á la esperanza; cuando
el mar está embravecido y fiero;
cuando la tempestad ruge en los
aires y el huracan conmueve los
viejos techos de nuestras casas,
yo, desde el humilde rincón de mi
morada, pienso siempre en aque-
llos que á semejante hora viajan,
en aquellos que á semejante hora,
perdidos en las vastas soledades
de los mares, se encuentran en el
seno de las tinieblas á solas con la
tempestad que tan pronto lanza su
débil embarcacion á las nubes don-
de tienen su depósito las inmensas
cataratas, como la hunde en los
abismos sin fondo donde moran los
marítimos monstruos.

Y entonces mi corazón se hiela de
espanto, y pienso deb ser una ter-
rible muerte la del que muere ahoga-
do.... Una terrible muerte, sí,
pues que no es una muerte que con
el sueño de cada día estamos ensa-
yando durante toda nuestra vida;
no es tampoco esa muerte que con-

Vicar Hugon

El nombre bailamos viscos mas
en un día y que la viscos es una.

Como a los Espiritos del mal
de envidias, y haced a Espiritos
el mayor y mas responsable
de todos los servicios.

Tracce bene, e visibili. 7 e
cambierà ogni cosa.

La respiracion de empujar
un solo ayo y un compenso
Amazgura de muchas ingesta-
dos.

La sociedad es paradigmática con las
probabilidades que ocasiona, morqui-
na con la ciencia que ilustra
y moraliza.

и под его Лифанью

Quien sufra de la muerte los rigores
haga que reine en su mansion tu calma,
y acallara tu voz desus dolores.

Si buscas paz, tranquilidad del alma,
renuncia a los encantos de la gloria,
que no está en tu corona ni en la palma.
Si buscas amor, etc.

Si luchas, aunque obtengas la victoria,
te amargará el placer la envidia infame.
con golpes que atormentan tu memoria.
Enciévete en tu hogar al fin!

En el círculo de su hogar el hombre que ama
las pas del corazón; Vang es que ansioso,
Desde el bullicio mundanal, lo llame

Puerto es del mar del mundo proceloso
de la familia el sacro auto asilo:

Si en el mundo, donde estara el reposo?
Rompa de nuestra vida el fragil hilo
la barbara sequa, si se nos veda

et bien immenso de un hogar tranquilo.
Rememoro à cualquier hora q' lo me ada
si al recogerme en mi mansión no encuentro

Si, al recogerme en mi mansión, no encuentro
quien consolarme de mis cuantas penas.

Pedro Mata

El generoso humano, tal como ha
le conocimos y como le hemos hecho el
^{esta}
cristiano glaciación con caridad, gene-
ralmente hablando es recto y bueno.
Aun en los mayores extravíos de la case-
ra morido por un tin laudable, aunque
frecuentemente exproado y viciado.

La bondad humana es el fondo noble
de la tierra moral y del placer infinito
en todas obras que retratan con exactitud
esta cualidad. Los artistas jamás deben olvidar
esta observación.

da benevolencia, e tolerancia. La influencia
para todos, como la llamamos de nosotros
ritos, es una vida que se deriva de esta ^{vida}
iniciada ^{la vida} la vida, la tolerancia con
los que creamos malos esta colada y hecha
generalmente propios la primera.

Texto. Folia 12

Estimados amigos:
Mi agradecimiento es mu-
cho tiempo para nada.
Tengo un vivísimo interés en
el feliz éxito de su obra.
Doy a V. S. mil gracias por
la bondad de su sueldo y me
agradezco mucho a V. S.

Johns. W. W.

La prensa es una virtud
mortal que puede convertirse a
la maldad, que se enciende solo por
el amor con que embalsama de
briquet.

No hay peor enemigo que el ingrato:
el que venga agraviado sentirse
a la impiedad o al comercio, el
que venga beneficiar la impudencia.

El verdadero orden social y político
es el imperio impudico y armo-
nio de todas las libertades.

El crédito, como el amor y la gratitud
se impiden, no se descreta ni se
impone.

El hombre que mejor expresa su
amor es el que menos le quiere.

En medio de mas presiones e in-
fluencia de plebeyo que en las
condiciones de magnifico, porque
fácilmente se torna por impudencia
por la ley de una remitiencia

Manuel Gilvels

Los deberes morales de la vida se obtienen tanto más rigurosos cuanto más estrecha es la presión que se ejerce.

Es difícil que los hombres dejen de caer alguna vez en ciertos vicios á que los llevan los instantes, las garras de su naturaleza, pero es preciso que estén al frente de la naturaleza, menuda que venza esta. Difícil es porque lo que puede oprimirse en un caso particular por la ley del destino es la prudencia de la amistad se ve desbordada, por tanto en los delitos mas conyurados; y aunque en un momento hay siempre en estos servidores infelices que se vengan de las humillaciones de su oficio con los misteriosos manejos de los clandestinos. Los vicios ademas, en sus temibles cuando ninguno puede encontrarlos, mas degradantes cuando la misma facilidad los hace degenerar en mundos estranos, mas peligrosos para el que se abandona á ellos cuando marcan el presigio que necesitan, mas perniciosos cuando contagian con el ejemplo mas mortífero. Ellos cuando el rumor urdo de la revolución que se ensiende por las ciudades y llega hasta las ultimas aldeas, se encuentran en ninguna parte ni la caridad que civiliza, ni la benevolencia que amigra y quita, ni el valor que anima.

En un momento de Distinguir cuando nadie falta al centro exterior que la fe, la fe política, la adhesión y hasta el apremio han huido de todos los corazones!

Salustiano de Pinós

Dexaria no haber nado
aom para evitarme la parte
de vergüenza que me toca en
los matanzas que mis hombres
han en otros hombres.

J. Simón
Tramitista

(De la Cantoria)
Atención de la fortuna,
pero el que anda a su audición
tiene que bajar mucho,
porque es muy baja la puerta.
Diciendo está el agorro
lo que es la vida,
fuego de amor incandescente,
humo y ceniza.
Toman la muerte y la avocan
en el alma un consuelo,
con muchos donde el cielo
va enterrando los recuerdos.
De jorobas del cuerpo
toda se burlan,
¿quién sabe que en el alma
no llave alguna?

Los charos entendiéndonos, y por todo
los buenos cravamos la intimidad de Dios.
Pobre alma! hez un gran
hacha, cuando meo, el que en
no ha de olvidar en suplicas, en angus-
ta con grito, en porvenir ante los tribulados
de justicia. Me mudo, y no que tan angus-
ta de el atendiéndonos, y por todo
los buenos cravamos la intimidad de Dios.
Pobre alma! hez un gran
hacha, cuando meo, el que en
no ha de olvidar en suplicas, en angus-
ta con grito, en porvenir ante los tribulados
de justicia. Me mudo, y no que tan angus-
ta de el atendiéndonos, y por todo
los buenos cravamos la intimidad de Dios.

Seo vivo.
Pido a' V. me reliven del deber de
remitir los algun trabajo. Me falta tiempo.
Reciban estas líneas como prueba de mi afec-
to a' España.

Antonia Ruiz
Agencia

Quien te sirve y ronda y mira
tan solo por su interés,
¡ajo alerta! que te engaña,
no es amigo, es morador.
Al rencor negando tregua,
carr los hombres en el gero
de andar a' mírame el perro
y te matará la yegua.
Sobervio, ingrato y avaro
en vano mundo se encharca,
más que el trufón de un monarca,
el que es trufón de la plebe.
En el humano vaivén
que vale mudar estado,
cuando en el mundo es prestado
el mal lo mismo que el bien?
Quiero tomar venganza,
puesto que a mis dignos hijos
esfuerzo y valor no faltan
para hacer morder el polvo
a las horlas africanas.

La hermosura es indis-
cutablemente una soberanía,
pero lleva en si la inclusi-
ble condicion de ser
en breve abdicada. Sin
embargo, cuando sabe
asegurarse la alianza
de la virtud, puede
soltar el cetro sin
temor de perder ni
su magestad ni sus
conquistas.

Gertrudis Gomez
de Avellaneda

¡Quiero tomar venganza,
puesto que a mis dignos hijos
esfuerzo y valor no faltan
para hacer morder el polvo
a las horlas africanas.

Cuando vela que un vapor se
marchaba, depositaba una espe-
ranza en su bandera. Acaso al vol-
ver trajese a su hijo.
Cuando vela que un vapor regre-
saba, como nunca bajaba de él ese
hijo, creía aquella hermosa nave
tripulada por la muerte.
Dios le otorgó ochenta años de
vida y empleó cuarenta en ver irse
y volver los vapores de Africa. Fué
aquel dolor pacienzudo y tenaz. Hu-
bo en aquella alma fibras que rom-
per todos los dias. Su dolor fué, por
cuarenta años, una gran agonía sin
muerte.
Y cuando estaba muriéndose oyó
desde su lecho misero el silbido de
un vapor que anclaba.
Dios envió un ángel a la cabecera
de la pobre mártir.—El Señor te
concederá el premio que quieres
por tus penas llevadas con resig-
nacion—dijo el ángel a la madre.
Y la madre le pidió al Señor, por
premio de todas sus torturas, cinco
minutos más de vida.
Para ver si en aquel vapor llega-
ba su hijo.
J. Ortega Munilla.

LA CARIDAD.
TRAS LOS DESASTRES DE SAIDA.
SONETO.
¡Cómo no amarte con sin par respeto,
Si aún te oigo imponer leyes divinas
A las sangrientas aguas tiberinas,
A las horribles fauces del Taigeto!
¡Cómo no amarte, si aceptando el reto
De tus más antitéticas doctrinas,
Con tanto acierto tu valer combinas,
Que a un mundo impones tu inflexible veto!
¡Cómo no amarte, cariñosa estela,
Si aun te quiere mirar mi fantasía
Siendo el iris de Murcia y Orihuela!
Si tras la sombra de barbarie impía
Suspirante te haces a la vela
Hacia Saida y Orán desde ALMERIA!
Domingo Arjona Casado.
Granada, 28 de Julio.
LA ORACION.
La oracion es la expresion más
universal y legitima de la relacion
del hombre con Dios; y una de las
deducciones más aparentes y lógi-
cas de la existencia divina; y ello
es indudable que el racionalista, al
negar la utilidad y la eficacia de la
oracion, suponiendo que no puede
ser eficaz a causa de la inmutabili-
dad de las leyes naturales y de la
voluntad divina, prepara el camino
al partidario del positivismo mate-
rialista para afirmar que el mundo
se rige por la ley del fatalismo, y
que es una ilusion la libertad hu-
mana.
Fray Ceferino Gonzalez.
EL DESEMBARQUE
Apénas la luz se nota
de la cándida mañana,
cuando la ciudad, al puerto
en tropel confuso baja
por las brisas matinales
dulcemente acariciada.
«¡Valor y no acobardarse
¡haz que vuelvan virgen santal
¡infelices los que quedan!
¡salve Dios a los que faltan.»
Así entre la muchedumbre
un murmullo se levanta,
al que hacen eco las olas
que se estrellan en la playa,
cuando alla en el horizonte
a la claridad del alba,
se ve una pequeña sombra
que pausadamente avanza;
es la cariñosa mano
que Dios tendió a la desgracia,
es la nave, mensajera
de la caridad cristiana,
que de viles foragidos
burlando las asechanzas,
mil infortunados seres
conduce a la madre patria.
Ya majestuosa se acerca,
ya se distingue más clara
en el líquido elemento
trazando surcos de plata....
La tripulacion en tanto
sobre cubierta, apiñada,
en su afán de ver la tierra,
dulce objeto de sus ansias,
de tan crítico momento
mientras la emocion la embarga,
de amor y bienes perdidos
amortigua la nostalgia.
Ya la nave llega al puerto,
ya en el mar hunde sus anclas
cuando el sol entre las nubes
lentamente se levanta
mostrando a los que regresan
el puro cielo de España,
¡qué aspecto el de aquella gente!
¡cuánta pena, cuántas lágrimas!
¡qué de ilusiones perdidas!
¡qué de muertas esperanzas!
¡pobres huérfanos desnudos,
tristes viudas desoladas,
viejos que entre dos muletas
con dificultad se arrastran;
vénse en aquel triste cuadro
tales desdichas y tantas
que el que no se conmoviera
tendría de bronce el alma.
En torno a cada inmigrante
queda la gente agrupada,
escuchando mil historias
de horrores y de desgracias.
Todos cuando las escuchan
en su mal los acompañan,
y hasta las aves suspenden
su vuelo, por escucharlas.
Entre tanto, la bandera
dice a los pobres viajeros
como emblema de la patria:
Buscad la dicha perdida
en la oracion y la calma,
que de nuestros ofensores
yo sabré tomar venganza,
puesto que a mis dignos hijos
esfuerzo y valor no faltan
para hacer morder el polvo
a las horlas africanas.
Juan M. de Capua.

UN DUELO EN VISAYAS.
Soy yo algo incrédulo, por lo que
negueme a darlo como bueno, es
decir, como exacto, a pesar de leer-
lo con mis propios ojos, y no una,
sino varias veces.
No vaya por este preámbulo, un
si es no es alarmante, a pensar el
lector que se trata de una cosa del
otro juéves; es de Visayas, y con
el atenuante, en verdad necesario,
de que no forma la costumbre de to-
dos aquellos pueblos. Se refiere a
uno solo, segun me lo escribió un
amigo por todo extremo servicial,
y es digno de contarse, aunque
guardando, por exigencia discreti-
sima de la misma solicita amistad,
la más profunda reserva en cuanto
al nombre del pueblo.
No quiere mi amigo, residente en
el hace la friolera de veinte años,
que leído este artículo allá le atri-
buyan haberme venido con el cuen-
to, y me parece que le doy gusto....
Si despues de estos reparos y cir-
cunloquios no lo adivinan, cierta-
mente que no será por culpa mia.
Para los que le conozcan y sepan
su constante correspondencia con-
migo, tan claro está como el agua.
Y basta de exordio.
Resulta, que cuando en N.—lla-
mémosle así al pueblo en secreto—
muere un indio o una india, se reu-
nen los parientes y amigos para
rezar por su alma, operacion pia-
dosa que dura nueve dias, los si-
guientes, como es natural, a la de-
funcion.
A la caída de la tarde del dia no-
veno, tiene lugar el duelo; y duelo
es lo que a seguida verá el curio-
so lector.
Cubren con una tela negra el teste-
ro de la principal habitacion de la
casa, y forman un adorno a modo
dedosel, en cuyo fondo pintan, como
saben y pueden, ó bien las ponen
de papel recortado, diez ó doce cala-
veras. Elevan debajo de éstas una
especie de catafalco inundado de
lucos, y cuelgan en todas partes
cuantas estampas de santos tienen
los parientes del que fué ó la que
fué.
A las ocho en punto de la noche
da principio el último rezo, que sue-
le durar como una media hora, y
desde el instante mismo de haber
concluido, es licita la entrada en la
casa mortuaria a todo el mundo,
en prevision de lo cual han tendido
antes en el suelo buen número de
petates; como si dijéramos, ponen
sillas para que los huéspedes to-
men asiento.
No hay, repito, en tan singular
manera de sentir el dolor, tal ó
cual privilegio para los parientes
del finado. Reina entre los que acu-
den la más completa igualdad, por
lo que se confunden sin distincion
los propios y los extraños.
Tendidos, pues, los petates, y
acomodados en ellos los presentes,
emplea una cena de morisqueta,
plátanos y otras viandas no ménos

sobrias y digestivas. Terminada que es la saludable reparacion de las fuerzas estomacales, el más anciano hace de príncipe, y una india, joven ó vieja, que en ésta la edad es indiferente, de princesa. En derredor de aquél se sientan seis ú ocho hombres, é igual número de mujeres en derredor de ésta. Los tales indios reciben el nombre de *bellacos*, y el de *bellacas* las indias.

A la cabeza del corro, y superior á todos en categoría, colócase otro indio diestro en el juego, á quien titulan *dueño de jato*; y una vez cada cual en el sitio que le corresponde da comienzo el *duplo*.

El *dueño de jato* dice pomposa, grave y solemnemente dirigiéndose al príncipe, á la princesa, á los bellacos y á las bellacas, mientras los demás circunstantes, atentos al desempeño del *duplo*, no pierden un movimiento ni una palabra.

—En la calle de..... todos mis bellacos y bellacas mataron.

—No hay tal, *dueño*,—contestan los aludidos.

—¿Pues quién mató?—pregunta el *dueño de jato*.

—Mató tal ó tales bellacas,—responde uno cualquiera de los bellacos.

—No es cierto,—contestan aquellas.

—¿Pues quién mató?—insiste el *dueño de jato*, más serio que la seriedad misma.

—Ese bellaco,—dice una, eligiendo, por lo general, al que más aprecia.

Al llegar aquí, el bellaco designado no tiene más remedio que echar un *duplo*, es decir, improvisar una copla, la cual suele ser tan poética é inspirada como supondrá desde luego el que leyere, advirtiéndole, porque no estará demás el advertirlo, que en dichas coplas ó *duplos*, sobre ser libre el tema ó punto, que casi siempre es alegre ó de batallas, hay verdadera licencia poética, pues unas veces acuden, estropeándolas sin miramientos, á relaciones de comedias ó romances del país, y otras á la improvisación por todo lo alto.

Acúsanse unos á otros de la muerte, y de esta manera continúa el duelo hasta las mil y quinientas, sin que los actores del *jato* se fatiguen, ni los espectadores, que se chupan los dedos de gusto, den la más leve muestra de cansancio.

Como todo, empero, no ha de ser tortas y pan blanco, si el acusado tarda en improvisar, el acusador le sacude de lo lindo con un pedazo de tela que, al efecto, tuercen y retuercen hasta convertirla en un zurriago.

Así pasan la noche, y de esta suerte alivian la pena de la familia del pobre difunto.

Dígame por su vida el lector, ya que le he puesto al corriente de esta extraña costumbre, si no tenía yo razón para dudar, cuando leía la

carta de mi amigo, de la exactitud de duelo tan singularísimo.

Y, sin embargo, es muy cierto.

Francisco Cañamaque.

EN LOS CAMPOS DE SAIDA

¿Dome encuentro? ¿Por qué los nublos ojos
No ven de mí en redor sino es que niebla,
Y entre ella piras de humo que se extienden
Del ancho llano á la empinada sierra,

Y del humo mil manchas carmináceas
A trozos juntan las negruzcas trenzas?
¿Acaso es este sitio el decantado
Donde se encuentran las terribles cuevas,

Morada del espíritu maldito,
Y en este instante da un festín en ellas?
Parece ser verdad... Aquestos campos
Tienen otro color que no se encuentra

En los campos queridos que me vieron
Vagar dichoso en sus amenas selvas.
Estos negros, aquéllos con verdura;
Estos carecen aun de yerba seca;

En aquéllos hay flores, hay arroyos,
Aqui tan sólo calcinada tierra:
Allí trinan las aves con dulzura;
Aqui no vierten ni una triste queja,

Y si alguna tal vez pasa volando,
Imprimiendo en sus alas mayor fuerza,
De estos sitios horribles espantada,
El raudal vuelo presuroso aleja.

De mi patria en los montes seductores
Se oye la flauta del pastor, que suena
Con notas cadenciosas, que repite
Oculto el eco en la enramada espesa:

Se oye el canto de la zagala hermosa
Que vaga por la placida ribera,
Y el arroyo de plata que murmura
Descendiendo del monte á la pradera.

¡Aquí!... silencio sepulcral, horrible...
Sólo con voces de infernal caverna
Se oye un ¡ay! y un ¡Dios mío! y un ¡madre!
Y aquel rugido por instantes cesa;

Y luego... cercano... más cercano se oye
Un ¡patria mía! en dolorosa queja.
Y luego otra voz un ¡esposa amada!
Y luego un ¡hijo! que de espanto hiela.

Y luego, al fin, como tromba desatada
Que monte y llano con su estruendo llena,
Cien voces espirantes que se esparcen
En alas de los vientos, por la tierra,

Y entre el humo bridones que relinchan,
Y duros yataganes que golpean,
Y miembros palpitantes que se agitan
Del tórrido desierto en las arenas.

Y más allá, en el centro tenebroso
Una matrona con las tocas negras,
Suelto el manto á merced de la borrasca,
La cabellera por la espalda suelta,

Derrama de sus ojos divinales
Sangre trocada en abundantes perlas.
Y un león á sus plantas se retuerce,
Sacudiendo, erizada, la melena,

Mostrando los colmillos sanguinosos,
Y rugiendo á la par con tal fiereza,
Que hasta el eco espantado no se atreve
Los gritos á copiar que da la fiera.

Miguel R. Aguado.

UN RECUERDO.

Sres. D. Francisco Llopis y D. José Alcázar.

Mis distinguidos amigos y compañeros:

Pidenme en su atenta invitación de 31 de Julio, que preste mi humilde óbolo intelectual á la nobilísima idea de publicar un Album titulado ALMERÍA-ORAN, para dedi-

car los productos de esta obra á los repatriados del Africa francesa, y desde luego voy á llenar este sagrado deber, como español, como hijo de un país que casi linda con esa hermosa provincia, y como *insensato* que soy, por mal ó bien de mis pecados.

Al efecto, voy á reproducir un recuerdo del *tiempo viejo*, como diría nuestro eminente poeta D. José Zorrilla, y acaso en el mismo encuentren Vds. algo que tenga una triste analogía con los horribles sucesos que hoy lamentamos, y acaso también esa ciudad de Almería, tan querida para mí, halle algunos renglones que puedan aplicarse á su historia.

Allá por los años de 1843 al 44, el provincial de Almería, núm. 39, de la reserva entonces, estaba bajo el mando de su valiente y noble coronel D. Luis de Gualda, hijo de la villa de Alhabia, que es la más importante de la morisca Tahade Marchena. Aquel cuerpo había venido del fondo de Cataluña donde ennoblecíó su bandera durante los siete años de la primera carlista, y pasó, después de estar algun tiempo en Almería, á dar guarnición á Melilla, en aquella sazón asediada pertinazmente por cinco kabilas de las que habitan desde el cabo de las Tres Forcas hasta las dilatadas salinas que se extienden hacia el Mediodía, al pié del *Gurugú*.

Melilla, como todo el mundo sabe, está fundada, digámoslo así, en la clave del gran arco que forma la costa tingitana, desde el mencionado cabo de las Tres Forcas hasta el golfo de Orán. Al Este se descubren las peñascosas Chafarinas y en la misma dirección, corriéndose hacia el Sur, se alzan envueltas en el vapor caliginoso del cielo africano, las montañas de Isly, donde fué derrotado por el general francés Bugeau, Abd-el-Kader y el hijo del entonces emperador de Marruecos.

Una noche (creo que fué en Enero ó Febrero de 1844) el mar estaba agitado por el viento nordeste y gruesas olas iban á estrellarse sobre las rocas madre-porcas que sirven de cimientó á Melilla por la parte del Mediterráneo. En este paraje hay un pequeño desembarcadero abierto en piedra viva, y como la plaza está situada en la cumbre, para penetrar en ella, es preciso atravesar un rastrillo, que era de madera; penetrar luego en un reducido espacio, donde había una guardia llamada *Florentina*, compuesta de cuatro soldados y un cabo, y á continuación cruzar un túnel, con una puerta á la entrada y otra á la salida, además de sus correspondientes rastrillos.

Cuando á la caída de la tarde el capitán de llaves cerraba todas las puertas de la plaza tanto las de la línea exterior por la parte del campo, cuanto las de los demás recintos fortificados, la guardia de *Florentina* quedaba aislada entre el pequeño desembarcadero y el túnel

Siempre he administrado a 'agustillo' q' ponian en
inteligencia y en trabajo al servicio del pueblo.

Manuel Rivero Lora



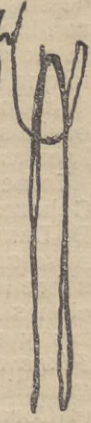
Los frios no son mas
que instituciones practicas
llamadas a satisfacer las
necesidades de los pueblos.

Agustillo



La caridad ha sido siempre
una de las obras que he ad-
ministrado con predileccion

Man. Rivero Lora



Los Directores del Ateneo - Orense

Muy Srs. mros.:

Doy a V. V. mil gracias p' la forma
q' me dispensan pidiendome un pensamiento
to para el album q' proyectan publicar
en beneficio de los oyentes de aquel;
pero con un natural franquicia de
bo manifestar a V. V. que tan pobre una
vez en mi vida he hecho un pensar
mucho y mucho 'tan malos como
fijo que era de un molacho, y de
de intereses prometidos volver a dar
forma a las manifestaciones de
mis ideas.

A la V. V. atentamente. p. r.

P. B. A. M.

A. M. S. S. S.



sin otra comunicacion con la plaza que la que pudiera recibir desde lo alto de la muralla. Las rondas nocturnas, cuando pasaban por ella, se asomaban al muro, preguntaban si había novedad, contestaba el centinela desde abajo y pasaban de largo.

Una noche.... es decir, en aquella lúgubre noche del mes de Enero ó Febrero de 1844, eran soldados del provincial de Almería los que cubrían el servicio de *Florentina*; gruesas nubes rodaban por el firmamento y la natural lóbreguez se aumentaba con la sombra que proyectaban los vapores tempestuosos que venían del nordeste: rugían las olas en las rocas vecinas y el eco quejumbroso de las agitadas ondas se perdía á lo lejos en el fondo de la costa. A eso de las diez la primera ronda pasó por lo alto de la muralla y asomándose al borde el sargento Damian, que era el acompañante obligado de aquel servicio nocturno, hizo la pregunta de costumbre.

—*Florentina*, ¿hay novedad?

Pero un silencio lúgubre fué la contestacion que recibió. El centinela no había dado la respuesta ordinaria. Creyeron el oficial que mandaba la ronda y el susodicho sargento Damian, que á causa de los silbidos del viento y de los pavorosos rugidos del mar no había podido oír el centinela el llamamiento y por segunda y tercera vez hicieron la anterior pregunta, esforzando la voz todo lo posible. Pero el mismo silencio de antes fué la contestacion que obtuvieron. Convencidos de que alguna causa extraordinaria era la de no tener respuesta, el sargento Damian fué corriendo al Hospital que estaba inmediato, trajo una cuerda, ató á una de sus extremidades el farol de la ronda y lo dejó caer á lo largo de la muralla á fin de cerciorarse de lo que ocurría. ¡Cuál fué el espanto de todos al ver que el farol alumbraba al centinela, caído en el suelo en medio de un charco de sangre!

Inmediatamente dieron cuenta al Gobernador, que era el Brigadier D. Demetrio María Benito; éste dispuso que se pusiera la guarnicion sobre las armas, y con las precauciones debidas se abrieron las puertas y rastrillos que conducían á *Florentina*, descendiendo á dicha guardia el mencionado Brigadier, el Coronel D. Luis de Gualda, el Mayor del cuerpo que lo era don José Porcel, además de un fuerte destacamento que los acompañaba.

Un silencio de muerte reinaba en aquel paraje: el centinela, atravesado por diversos golpes de guma, apenas conservaba un resto de vida; el rastrillo que comunicaba con el desembarcadero estaba abierto, y cuando entraron en el cuerpo de guardia, todos vieron con horror que el cabo y los tres soldados se hallaban asesinados. El cabo vivía aún, pero los demás estaban muertos.

En medio del espanto que producía aquel espectáculo, fué necesario tomar algunos antecedentes, y el centinela pudo declarar que se había presentado un moro en la puerta exterior del rastrillo, diciendo que traía *hueso*, lo cual, en el lenguaje especial de los riffeños, significaba que conducía algun ganado para el abastecimiento de la plaza; cosa que no era la vez primera que ocurría el que aquella gente nómada y montaraz trajese, nadando por mar, algunas reses vacunas. El centinela dió crédito al moro, y en contra de la consigna recibida, le permitió que permaneciese en el desembarcadero. El moro suplicó enseguida que á causa del frio y del agua que las olas arrojaban sobre él, le permitiese entrar en el cuerpo de guardia, hasta tanto que al día siguiente se abriesen las puertas de la plaza, á lo cual accedió por último el desdichado soldado.

Abrir el rastrillo, y caer sobre él cuatro ó cinco moros, fué cosa de un momento, acribillándolo á puñaladas; despues entraron en el cuerpo de guardia, donde los demás soldados estaban dormidos y acabaron con ellos. El cabo declaró que al sentir la primer herida despertó y luchó largo tiempo con un moro, hasta que, atravesado por varias partes, se fingió muerto. Consumada aquella obra de ferocidad, los moros se volvieron á arrojar al mar, desapareciendo entre las tinieblas.

En aquella misma noche murieron el centinela y el cabo, y al día siguiente, indignada la guarnicion y deseando tomar venganza de tan bárbara alevosia, preparó el lanchon de la plaza, se embarcaron en él algunos soldados al mando de un oficial que acaso era hijo de la provincia de Almería, llamado, si no recuerdo mal, D. Pedro Trell, y envistieron contra un *cárabo* que iba en demanda de Orán. Allí pasó una escena sangrienta y terrible, y las aguas del Mediterráneo se mancharon de abundante sangre mora.

He creído oportuno reproducir este episodio para demostrar que esa capital, aunque en pequeña escala, ya tiene de antes dolorosos agravios que lamentar de la fé púnica de los africanos. Hoyes Bu-Amema el verdugo de las hecatombes de Saida; entónces fué un tal *Jame-teverde* el principal autor del degüello de *Florentina*. Estuvo preso, no se le pudo probar nada, y se le puso en libertad, en vez de haberlo fusilado, porque el destino nuestro es perder siempre cuando se trata de las cosas de Africa.

Dispensen Vds. si al exponerles un recuerdo del tiempo viejo, tengo que apelar á un tristísimo acontecimiento que acaso aumente el luto y la indignacion de que todos estamos poseidos; ¿pero cabe otra cosa cuando el alma está dormida por el horrendo cuadro que ofrece lo que ha sucedido en la provincia de

Orán? Vds. con su ilustrado y humanitario pensamiento lo dirán. Si mi óbolo es funesto y lamentable, lamentables y funestas son las causas que lo producen. En tanto tiene el honor de saludarles, el que, identificado con su bella y generosa empresa, se ofrece como su más *insensato* amigo s. s. q. b. s. m.

Torcuato Tárrego.

AYER Y HOY.

Ayer, sangre, niebla oscura,
pesares, pavor, quebranto;
gritos, muerte, desventura,
y sobre mares de llanto
la nube de la amargura.

Hoy, su dulce claridad
la fé vierte en lotananza
y rompe la oscuridad,
sobre el mar de la esperanza
el sol de la caridad.

Narciso Diaz de Escobar.

LA HIPOCRESÍA.

Entre todos los vicios que á la humana sociedad aquejan, es el peor de todos este de la hipocresía, por el cual los seres se muestran en la apariencia adornados de cualidades y condiciones de que en realidad carecen.

La mayor parte de los vicios, no obstante de lo que degradan y envilecen, revelan en la franqueza de sus manifestaciones, energía, virilidad y valor personal en quien los resiste, en tanto que la hipocresía, cobarde y astuta siempre, anida sólo en corazones débiles y femeniles, incapacitados para todo lo grande y para todo lo bueno.

La tiranía de las creencias, de las preocupaciones y de las costumbres que exige que el hombre sea como suponen que debe ser, ahogando toda iniciativa individual, es la causa única y exclusiva de la hipocresía.

El Gran Galeoto (ya que el señor Echegaray ha vulgarizado la frase) del hipócrita, lo es la sociedad, hasta el punto que, respetándola y tolerándola, prefiere la hipocresía á la ingenuidad del que dice en voz alta lo que todo el mundo piensa y hace *sotto voce*, por contrario que sea el patron y norma preestablecidos por las venerandas tradiciones.

Porque, como decía el inmortal Figaro, no recuerdo en qué lugar y forma, el gran arte de la vida consiste en callar lo que se piensa y pensar y medir lo que se dice.

Cuando las leyes divinas, por ejemplo, se hallan en oposicion con las leyes naturales, como éstas han de cumplirse necesaria y fatalmente, la hipocresía entónces ordena ceder y practicar en secreto las se-

gundas y adorar en efigie las primeras. Si entre los mandamientos del Decálogo hubiera uno que dijera: *Sexto; no jugarás*, estad seguros de que el hipócrita explotaría una ruleta defendiendo á tiros, sin embargo, el Decálogo, á la manera que el rayo del sol penetra por un cristal sin romperle ni mancharle.

Vicente Colorado.

LA PROTECCION.

¡Ah, señores proteccionistas! cuando vosotros habláis de los obreros, de las fábricas sin trabajo pidiendo cuenta de su miseria al libre-cambio, yo no puedo menos de volver la vista á este horrible cuadro de sangre española vertida en tierra extraña, de girones de honras de mujeres, de cunas de niños vacías, de cadáveres mutilados, pudriéndose bajo el ardiente sol de Africa, á donde fueron á buscar el pan que en España les negaba la madre patria, y pido cuenta de tantos horrores á la proteccion.

Segismundo Moret.

LUZ Y SOMBRA.

Ayer, las concepciones gigantescas de una raza potente y pensadora; hoy, las matanzas y hecatombes bárbaras de las salvajes africanas hordas.

Ayer, las maravillas de la Alhambra, hoy, de Saida las luchas espantosas: Ayer, la luz de la brillante vida,

hoy, de la muerte las oscuras sombras.

¿Y mañana?.. Si el curso del progreso lleva doquier sus leyes redentoras, si la cultura, como sol radiante, de la ignorancia las tinieblas borra:

¡Oh! ¿quién lo duda? el porvenir dichoso será de paz y bienandanza y gloria, y de la vida brotarán los gérmenes donde hoy los frutos de la muerte brotan.

Plácido Langle.

A FRANCIA.

Si es verdad que Francia desde 1830, fecha memorable en su historia colonial, por la expedicion y toma de la Argelia, despues de continuadas luchas que valerosamente soporta, ha abierto vias militares y ejecutado grandes trabajos en los puertos y en el interior de ella;—si es verdad que sojuzga, desde hace más de medio siglo, en el terreno exuberante que huella, y que tiene derecho á mostrarse orgullosa del progreso de sus armas y de su obra inteligente y civilizadora en el Norte de Africa, á la que todavía no ha dado cumplido remate;—verdad debe ser tambien, para honra suya y justísima reparacion nuestra, que evitará en lo sucesivo hecatombes como la horrible de Saida, en la que perecieron alevosa y vilmente asesinados, centenares de hijos de esta noble y potente raza española.

Antonio M. Duimovich.

Almería, 1881.

Á NUESTROS COLABORADORES.

Los iniciadores de esta obra no pueden prescindir de manifestar aquí su inmensa gratitud á las distinguidas personas que firman los escritos contenidos en ALMERÍA-ORAN. A esas personas, todas grandes ilustraciones del país, deberán los pobres repatriados el socorro que les proporcione la venta de esta obra. Tambien tienen los que suscriben, la obligacion de dar las gracias más rendidas á la prensa periódica de toda España, por la benévola acogida que dispensó al pensamiento de esta publicacion. Siempre la prensa responde á toda idea generosa. En esta ocasion, el concurso de la que honra á nuestro país, ha demostrado como siempre la nobleza de sus sentimientos, prestándonos con el mayor desinterés toda su cooperacion para el mejor éxito de nuestra empresa. Por último, debemos hacer constar que los autógrafos de los eminentes escritores D. Salustiano Olózaga, D. Pedro J. Pidal, D. Antonio Aparisi y Guijarro, D. Angel Fernandez de los Rios, D. Modesto Lafuente, D. Pedro Mata, D. Manuel Breton de los Herreros, D. Antonio Hurtado, doña Gertrudis Gomez de Avellaneda, D. Ventura Ruiz Aguilera y D. Pedro Monlau, pertenecen á la rica coleccion que posee nuestro amigo el Sr. Frontaura, quien nos ha facilitado graciosamente los grabados para que figuren en las columnas de ALMERÍA-ORAN.

Los Directores,

Francisco Llopis.—J. Alcázar.

Imp. de Góngora y C.^a, S. Bernardo, 85.

ANUNCIOS.

LAS NACIONALIDADES

REVISTA SEMANAL, ILUSTRADA, POLITICA Y LITERARIA

DIRIGIDA POR

D. ALEJO GARCÍA MORENO

CON LA COLABORACION DE DISTINGUIDOS PUBLICISTAS.

PRECIOS DE SUSCRICION

ESPAÑA.		ULTRAMAR Y EXTRANJERO.	
Un año.....	40 rs.	Un año.....	4 pesos ó 20 francos.
Seis meses.....	22 »	Seis meses.....	2 pesos ó 10 francos.
Tres meses.....	12 »		

Número suelto, UN real.—Número atrasado DOS reales.

Esta Revista se publica todos los sábados y contiene 16 grandes páginas á dos columnas, papel glaseado. Los que deseen suscribirse habrán de hacerlo desde 1.º de Junio, ó sea desde principio del tomo 2.º y lo ménos por un semestre.

Los nuevos suscritores que deseen adquirir lo publicado ó sea el tomo primero, pueden hacerlo remitiendo 30 reales más en vez de 40 que vale para los no suscritores.

PUNTOS DE SUSCRICION.—España: En la Administracion, Ancha de San Bernardo, núm. 52, en casa de nuestros corresponsales, y en las principales librerías de Madrid y provincias.

ALMERÍA-ORAN.

De esta excelente publicacion se hacen dos ediciones. Su precio será el siguiente:
Edicion de gran lujo, 5 pesetas cada ejemplar.
Idem económica, 1 peseta.

PUNTOS DE VENTA.

En Almería, casa del Sr. Administrador de esta obra, D. Plácido Moreno Lopez, calle del Emir, núm. 11.
En Madrid, casa de los Sres. Góngora, editores, calle Ancha de San Bernardo, núm. 52, pral.

GÓNGORA, EDITORES, ANCHA DE SAN BERNARDO, NÚMERO 52, MADRID

PUBLICACIONES DE ESTA CASA.

REVISTA DE LOS TRIBUNALES

PERIÓDICO DE LEGISLACION, DOCTRINA Y JURISPRUDENCIA

DIRIGIDO POR

UN CONSEJO DE REDACCION

FORMADO POR LOS

Excmos. Sres. Alonso Martinez (D. Manuel), Martos (D. Cristino), Pedregal (D. Manuel), Pi y Margall (D. Francisco, y Romero Girón (D. Vicente).

CON LA COLABORACION DE EMINENTES JURISCONSULTOS, NACIONALES Y EXTRANJEROS



PRECIOS DE SUSCRICION.

MADRID.	PROVINCIAS.	EXTRANJERO Y FILIPINAS
Un año... Pesetas 21	Un año... Pesetas 25	Un año... Pesetas 40
Seis meses... » 11	Seis meses... » 13	CUBA Y PUERTO-RICO.
Tres meses... » 6	Tres meses... » 7	Un año... pesos oro. 7

COLECCION DE OBRAS Y FOLLETOS

DE LA

REVISTA DE LOS TRIBUNALES.

Repertorio de Jurisprudencia Criminal.—Dos tomos, que comprenden las sentencias del Supremo hasta 1.º de Enero de 1880, 80 rs.

Repertorio de Jurisprudencia Hipotecaria.—Que comprende todas las Resoluciones de la Direccion de los Registros de la Propiedad, etc., hasta 1.º de Enero de 1880, 24 rs.

Repertorio de Jurisprudencia Civil Española.—Parte 1.ª—Recursos de nulidad y casacion.—Tomo 1.º Recursos de nulidad.—Que comprende las sentencias publicadas hasta 1.º de Enero de 1880, 32 rs.

Tomo 2.º Recursos de casacion.—Que

comprende las publicadas hasta fin de 1860, 40 rs.

Tomo 3.º Recursos de casacion.—Un tomo voluminoso, que comprende las publicadas desde 1.º de Enero de 1861 hasta fin de Diciembre de 1863, 60 rs.

Tono 4.º Recursos de casacion.—Que comprende las publicadas desde 1.º de Enero de 1864 hasta fin de 1866, 60 rs.

Tomo 5.º—Se halla en prensa y quedará terminado á la mayor brevedad, al cual seguirán los restantes.

CASTELLAR.—*La Codificacion civil*, con un resumen de las legislaciones forales.—Memoria leida en la Academia Matritense de Legislacion y Jurisprudencia; un folleto en 4.º, 6 reales.

TORRES CAMPOS.—*La Pena de Muerte* y su aplicacion en España; un folleto en 4.º, 6 reales.

FALCON.—*La Codificacion civil*; Bre-

ves indicaciones sobre la misma, 4 rs.

PROGRAMAS para los ejercicios de oposicion á las plazas de aspirantes al Ministerio Fiscal, 4 rs.

PROGRAMA de Preguntas y Tems para las oposiciones á las plazas de aspirantes á Registros de la Propiedad, 4 rs.

CONTESTACION al Programa anterior.—Consta de cuatro cuadernos: el 1.º Cuestiones de Derecho civil; el 2.º Idem de Legislacion hipotecaria; el 3.º Legislacion Notarial, y el 4.º Cuestiones de Derecho Administrativo, Legislacion del Impuesto sobre Derechos Reales y Trasmision de bienes, Procedimientos judiciales, 50 y 52 reales.

Cuestiones de Derecho civil ó indicaciones generales para la contestacion á los Tems de Derecho Civil que contiene el Programa de oposiciones á Registros de la Propiedad; cuaderno 1.º 20 ps. y 2.º 12.

BIBLIOTECA JURÍDICA.

Tomo 1.º—CARRARA.—*Teoria de la tentativa y de la complicidad*, ó del grado en la fuerza física del delito, un tomo en 4.º mayor, 24 reales en España y 28 en el extranjero y América.

Tomos 2.º y 3.º—FIORE.—*Derecho Internacional privado*, ó principios para resolver los conflictos entre las diversas legislaciones en materia de Derecho civil y comercial, etc., dos tomos en 4.º mayor, 48 rs. en España y 56 en el extranjero y América.

Tomos 4.º al 9.º—SAVIGNY.—*Sistema del Derecho romano actual*, seis tomos en 4.º, 160 rs. la obra, y el de cada tomo es el de 28 rs. en España y 32 en Ultramar y en el extranjero.

Tomo 10.—FIORE.—*Derecho internacional Público*, tomo 1.º, 28 rs.

Los 11, 12 y 13 verán la luz pública tan pronto como M. Fiore termine su *Derecho internacional público*.

Tomos 14 al 17.—BLUNTSCHLI.—*Derecho público universal*, cuatro tomos en 4.º, 26 pesetas.

Tomos 18 al 20.—TISSOT.—*Derecho Penal*, estudiado en sus principios, en sus aplicaciones y legislaciones de los diversos pueblos del mundo, ó Introducción filosófica é histórica al estudio del Derecho penal, tres tomos, 80 reales en Madrid, 88 en provincias y 92 en el extranjero y América.

TEXTO ANOTADO Y EXAMEN CRÍTICO Y COMPARATIVO DE LAS

CONSTITUCIONES FEDERALES

de los Estados Unidos, Suiza, Alemania y los dos proyectos de las Constituyentes españolas de 1873, por

A. GARCIA MORENO

Precio, 3 pesetas en toda España y 2 para los que se suscriban á *Las Nacionalidades*. Los pedidos á la Administracion de esta Revista.

PRINCIPALES CONSTITUCIONES SUIZAS.

ó

INSTITUCIONES POLÍTICAS

NACIONALES, REGIONALES Y MUNICIPALES

DE LA CONFEDERACION HELVÉTICA

Con una extensa introduccion histórico-crítica y notas comparativas

POR

A. GARCÍA MORENO

Comprende, además de la Constitucion nacional con todas las reformas hasta 1880, y las regionales de la mayor parte de los cantones, varios reglamentos, leyes é instituciones municipales. Dos tomos, 16 rs. Seguirán las de los Estados Unidos de América.

BIBLIOTECA HISTÓRICA.

Tomo 1.º al 9.º—MOMMSEN.—*Historia de Roma*, nueve tomos en 4.º, 180 reales en Madrid, 190 en provincias y 204 en el extranjero y América.

Tomo 10 al 13.—WEBER.—*Historia Contemporánea* (de 1830 á 1872), cuatro tomos en 4.º, 80 rs. en Madrid, 88 en provincias y 96 en el extranjero y América.

Tomo 14.—GARCIA MORENO.—*Introduccion á la Historia é Historia de Oriente*; un tomo en 4.º, 20 rs. en Madrid, 22 en provincias y 24 en Ultramar.

Tomos 15, 16 17 y 18.—MERIVALE.—*Historia de los Romanos bajo el Imperio*, tomos 1, 2, 3 y 4, á 20 reales en Madrid, 22 en provincias y 24 en Ultramar y extranjero.

En prensa, el tomo 5.º

BIBLIOTECA FILOSÓFICA.

Publicados (tomos 1.º al 4.º) **TIBERGHIEU**.—*Generacion de los Conocimientos Humanos*, en sus relaciones con la moral, la política y la religion; 2.ª edicion, con la biografia y el retrato del autor; cuatro tomos en 8.º, 56 rs. en Madrid y 64 en provincias.

Tomo 5.º **GINER**.—*Estudios Filosóficos y Religiosos*, con un trabajo notabilísimo sobre Psicología comparada (el alma de los brutos); un tomo en 8.º, 12 y 14 rs.